

JUAN CARLOS PORTANTIERO:

“AHORA NO HAY TANTO UN PROBLEMA DE DEMOCRACIA COMO DE REPÚBLICA”

ENTREVISTA REALIZADA POR
HUGO QUIROGA Y OSVALDO IAZZETTA*

La esfera pública y la política ante un cambio de época

—Es evidente que estamos transitando por un cambio de época y que el mismo —a diferencia de otras circunstancias— se caracteriza por la ausencia de un principio de unidad. Esta pareciera ser la singularidad de este fin de siglo. A partir de ese dato, ¿cómo imaginar la reconstrucción de la esfera pública frente a la carencia de un principio de articulación y cuando, además, algunos espacios como la política se revelan incapaces de generar sentido?

—Una de las cosas más dañadas por este cambio de época es la esfera pública. Si se traza una historia social desde fines del siglo XVIII en adelante, lo que vemos son sucesivos momentos de ampliación de la esfera pública, a través de la creciente inclusión de grupos y estratos sociales, de ideologías, de demandas, de interpelaciones que se planteaban en su interior. Con esta crisis de fin de siglo ésta sufre un deterioro muy grande, porque si el movimiento civilizatorio que se inicia con el Iluminismo es el de la constitución de la esfera pública, el que se inicia ahora es el privilegiamiento de las fronteras privadas. No se trata sólo de un tema ligado a lo económico y al egoísmo de mercado, sino también de las esferas más íntimas de

* Juan Carlos Portantiero es decano de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Hugo Quiroga es director del Centro de Estudios Interdisciplinarios de la Universidad Nacional de Rosario. Osvaldo Iazzetta es investigador del Consejo de Investigaciones de la Universidad Nacional de Rosario. Esta entrevista se realizó en Buenos Aires, en febrero de 1997.

constitución del ciudadano. En ese sentido, estos fenómenos de privatización, que de alguna manera significan un deterioro de los anteriores lazos sociales que unificaban o integraban a la sociedad, se ven beneficiados por ciertos desarrollos de la comunicación. Y esto es una cosa paradójica, porque en momentos en que los instrumentos de la comunicación parecen haber pegado un salto monumental, sin embargo esos medios en vez de comunicar me parece que aíslan. Permiten esa posibilidad de encierro en las fronteras virtuales de un mundo privado, que luego puede entrar en relación con otros, pero casi como de una manera atomista. Ello implica una cantidad de cosas: implica, como decíamos, una matriz de disolución o de deterioro de los lazos sociales, de pérdida de sentido de la identidad, de búsquedas perversas de identidades, ya que nadie se puede manejar sin identidad. En un espacio más laico de la esfera pública, como es el espacio de la política, también se advierte la misma fragmentación y el mismo deterioro, en donde, otra vez, los medios de comunicación juegan un papel paradójico y ambiguo. Por un lado, permiten que la gente esté más informada, es decir, que incorpore montos de información sobre lo público que antes no tenía, pero por otro, al proporcionarle una suerte de *ersatz* de participación —que es esta posibilidad de mirar una misma pantalla simultáneamente desde lugares distintos— conforma una comunidad ilusoria que fractura comunidades reales y afecta a la política, tornándola cada vez más lejana, más distante, como un espectáculo en donde, efectivamente, la gente intermedia su relación con el poder mucho más a través de los medios de comunicación que a través de otras instancias. Vayamos a la obvia constatación de un hecho cotidiano: cuando en un barrio hay un problema que requiere solución, los vecinos en vez de formular sus reclamos a un concejal, concurren a un canal de televisión. Esto no significa la desaparición de la política, y menos aún de “lo político” como instancia constitutiva de la asociación humana, sino la necesidad de un replanteo, cuyas características —me apresuro a decirles— aún no están muy claras, porque forman parte de esta mutación, de este cambio de época y éste es uno de sus puntos centrales.

El colapso de los socialismos reales

—Además del cuadro que acabás de describir se podría tener en cuenta —en la complejidad de la época actual— dos hechos históricos que han logrado repercusión universal: el colapso de los países del Este y la crisis del Estado de Bienestar. De ahí, entonces, la pregunta: ¿por dónde pasaría hoy una reformulación del pensamiento socialista o del discurso socialista?

—Tanto la crisis del Estado de Bienestar cuanto el colapso de los países del Este, son, en distinta medida, temas íntimamente vinculados a la historia del socialismo. Los regímenes que se inscriben directamente en esa tradición, cuanto los *welfares states*, no pueden ser explicados sin la expansión del pensamiento socialista en este siglo. De modo que el cuestionamiento de ambos también puso en

cuestión al socialismo. Este siglo —que empieza con una suerte de horizonte hacia el socialismo— termina con un crepúsculo de la idea de socialismo y con el triunfo de temas que ni siquiera las clases dominantes reivindicaban hacia fines del siglo XIX y principios del XX, como el de los automatismos del mercado, que hoy adquieren una entidad que no tuvieron antes. Entonces, hay un problema serio en la reconstitución del socialismo. Lo primero que cabe preguntarse es si ese horizonte ideal vale la pena ser reconstituido: yo diría que sí, y esto es un juicio valorativo, mucho más instalado en un deseo ético que en una certidumbre científica. Creo que el socialismo como ideal, esto es, la posibilidad de imaginar una sociedad más justa o una sociedad donde puedan equilibrarse la libertad y la igualdad, me parece que sigue siendo un sueño que no debiera ser abandonado, aunque fuera como tensión utópica para el mejoramiento del presente. De todas maneras, es preciso aceptar que todas las formas concretas que este sueño fue asumiendo deben ser revisadas. En esta crisis civilizatoria ni es imaginable pensar en un reencuentro con sociedades como las del este europeo (éste es un tema que parece ya muerto) ni en una reedición de las performances del Estado de Bienestar.

—Recuerdo que Pancho Aricó en alguna oportunidad definió al socialismo como una sociedad más solidaria.

—No sólo solidaria —porque eso también podría formar parte de un pensamiento cristiano en el que la solidaridad sólo es asociada a la vida en comunidad— sino también con una fuerte idea de libertad individual. Creo que el ingrediente de la libertad individual es imprescindible en el socialismo, en tanto el concepto de equidad-igualdad, como capacidad no sólo ideal sino también material, le proporcionaría cierta trama concreta a la idea de solidaridad. Simplemente, quería agregar que dentro de esta nebulosa a la que da lugar la crisis de los socialismos reales y del Estado de Bienestar el único camino posible para este socialismo, aunque sea como idea moral, es trabajar en lo que veíamos como una característica de la crisis actual, es decir, en la capacidad de recomposición del espacio público. El socialismo sólo podrá surgir sobre la base de una refundación de lo público; y de lo público entendido no como lo estatal sino como energías que la sociedad va construyendo de manera autónoma.

Un replanteo de la transición democrática

—Uno de los temas de tu agenda de trabajo ha sido el de la transición. La experiencia de estos años en América Latina ha enseñado que la transición —de un orden autoritario a un orden democrático— no sólo plantea problemas de índole político-institucional sino también, cuestiones relativas a la gobernabilidad económica. Inicialmente, no se comprendió el doble proceso de transición que debían encarar las nuevas democracias. Así en los primeros años de

la transición argentina no se percibió más que la lógica política-institucional, lo que llevó a desatender la dimensión económica. Cuando se aceptó el impacto de esa dimensión para la gobernabilidad democrática, y el imperativo de la reorganización económica, la política quedó subsumida en lo económico, como si se tratara de su derrota.

—La cuestión está bien planteada. En la medida en que la política no asuma la necesidad de la reforma en la economía —porque es verdad que la política dirige la economía—, aparece como subordinada a ella. Efectivamente, en buena parte de las transiciones democráticas no se advirtió que la crisis política, que había derivado de los autoritarismos que se querían reemplazar, implicaba también una crisis del modelo de acumulación. Detrás de la crisis política se podía advertir el agotamiento de una fase de la organización de la economía. En ese sentido resultó muy inocente pensar que bastaban reformas políticas e institucionales para reencauzar el proceso dentro de la democracia. Las transiciones —en una situación como la actual, que hemos definido como de cambio de época— son procesos complejos, secuenciales, en donde todas las esferas de la sociedad son conmovidas, desde las escalas de valores hasta las formas de organización de la economía y la política. Ello forma parte de lo que debe ser visto como un proceso de transición.

En Sudamérica, más específicamente en la Argentina, el tema fue advertido por mitades, se creyó que efectivamente bastaba con la recomposición de la democracia política para asegurar la democracia en su totalidad. Y esto terminó en la ingobernabilidad de la hiperinflación. Aquí hay que ser justos también con el gobierno de Alfonsín en el sentido de que advirtió con mucha más perspicacia —aunque con escaso poder— que la izquierda tradicional o que el centro-izquierda, de qué se trataba. Aunque finalmente no pudiera aplicarlo, el radicalismo incorpora desde el '85 en adelante una dimensión de modernización de la economía, de los temas de la privatización, del reajuste del mercado mundial, que el resto de los interlocutores políticos argentinos no tenían, ni la izquierda, ni el justicialismo. Pero de todas maneras, la historia en este sentido es cruel y si alguien fracasa en la implementación de una medida queda como principal responsable, porque ocupa el poder en ese momento. En verdad, se entendió básicamente al proceso de transición como un proceso de transición política y cuando se advirtió que no era sólo eso, ya era tarde desde el punto de vista de la capacidad de acumular poder alrededor de la dimensión económica.

Ahora bien, con Menem se inicia un período en donde se da vuelta el bastón, se hace girar el tema exclusivamente en torno a la economía. Diría que la economía es colocada en el puesto de mando. Luego de superadas las vacilaciones iniciales que dan lugar a un segundo cimbronazo hiperinflacionario, esto es, concretamente desde el '91 —tras dos años de búsqueda infructuosa de una salida y con la instalación de Cavallo en el poder, plan de convertibilidad mediante—, el control de la economía se transforma en *la verdad* del menemismo. Recordemos que a principios del '91 la estabilidad de Menem estaba muy cuestionada, incluso en aquel momento se hablaba de una renuncia de Menem, de que Duhalde asumiría

el poder, porque, efectivamente, no lograba encontrar las riendas de la economía —y su popularidad era cada vez más baja—. Cuando se retoma el control de la economía a partir de Cavallo —en ese sentido creo que Menem le debe un agradecimiento eterno a Cavallo— recién Menem se instala; por eso me parece que en el fondo la novedad del menemismo es Cavallo, mucho más que los propios modos de hacer política que Menem cultiva, que son bastante parecidos a los del peronismo tradicional. Pero, el haber advertido —y ésta es una cosa que si no la hacía Menem la tendría que haber hecho otro porque estamos, efectivamente, ante un cambio de época— la necesidad de incorporar reformas en la economía, es un mérito que habrá que darle a la dupla Menem-Cavallo, que cumplieron algo que aparecía como imprescindible. Se podrá discutir y se deberá discutir la manera en que esto fue hecho, pero evidentemente el país no iba a poder tolerar, de ninguna manera, el cumplimiento del programa con el que Menem llegó al poder. En otras palabras: afortunadamente Menem no cumplió con su programa electoral y esto hay que decirlo con toda honestidad.

—¿Estás pensando en el éxito de la convertibilidad o de la estabilidad?

—Cualquiera sea el instrumento. Puede ser o no la convertibilidad. En todo caso yo digo la estabilidad.

Gobernabilidad de los mercados y deterioro de la institucionalidad democrática

—*Creo que lo que aparece como un éxito es haber podido controlar la alta inflación de décadas y la incertidumbre que devino después de la hiperinflación, el dólar gobernando la economía. Frente a eso: ¿no podríamos decir que Menem hizo un aporte a la consolidación de la democracia?*

—Resulta muy bizarro decirlo de esa manera, pero efectivamente es así. Es lo único que se puede colocar en el haber de Menem, porque todo el resto serían más bien torpedeos a la democracia. En este sentido quiero señalar que ciertas características del gobierno de Menem en lugar de consolidar la democracia, la deterioran. Pero, en perspectiva histórica, es cierto que, sin una reforma económica que controlara la hiperinflación, la democracia en la Argentina no era viable.

—*Entonces, al mismo tiempo que controla la economía hay una serie de deficiencias institucionales.*

—A eso quería referirme. Anteriormente decía que la verdad de Menem es Cavallo. Al margen de eso lo que queda es un estilo de hacer política, una manera de vincular los organismos del estado con las vidas privadas de los funcionarios, una forma de manipulación de la opinión, en buena medida, de la más pura raigambre

del peronismo tradicional, que deteriora, socava, corrompe las instituciones de la democracia. Por ejemplo la corrupción, como forma permanente de ejercer el gobierno, no debe ser vista solamente como un tema de ética, ni siquiera de ética pública, sino fundamentalmente como un tema institucional, porque en realidad el problema serio no es tanto la corrupción como la impunidad. Es decir, la corrupción es una desviación moral pública o privada, en cambio la impunidad es un problema institucional. Por eso creo que hay que poner el acento en las instituciones. El gobierno de Menem deteriora el proceso de transición democrática, precisamente cuando mantiene las formas de la democracia tal cual se fueron reconstituyendo del '84 en adelante, pero al mismo tiempo, degrada sistemáticamente su calidad republicana. A mí me parece que en la hora actual no hay tanto un problema de democracia como de república y que éste es el tema principal que debe ser atacado. Y en el tema república subsumo el problema de la ética pública, subsumo el tema de la corrupción, para que ésta no quede identificada con la idea de que "somos víctimas de una banda de forajidos que nos roban", sino que más bien "somos víctimas de una situación institucional" donde la justicia permite la impunidad, no hay seguridad, se daña el funcionamiento de las instituciones de la república y no hay división de poderes. El tema de la calidad institucional, que englobo como el tema republicano de la democracia, lo sumo a un tema más vinculado a la notable incapacidad del estado de prever los efectos negativos de la política económica y, por lo tanto, a su incapacidad para tratar de atenuarlos o de morigerarlos. Es decir, la ausencia de sensibilidad social y de políticas sociales adecuadas me parece que son deudas graves que aún mantiene el proceso democrático.

—Ahora bien, ¿el hecho de haber resuelto el problema de la ingobernabilidad económica no generó en la población un sentido de tolerancia hacia esas formas de corrupción? Tal vez, las deficiencias en la calidad institucional no sólo haya que leerlas a partir de los impulsos autoritarios de este gobierno, sino también considerando esa tolerancia que se gesta en la sociedad civil en un contexto de emergencia económica.

—Sin duda. El impacto de la hiperinflación es muy fuerte, porque repentinamente coloca a la gente en situaciones límites —en el sentido de inseguridad, de incertidumbre— de tal modo, que cualquier cosa es aceptada como precio para eliminar la incertidumbre. Si el precio a pagar por la estabilidad económica —que calma ese tipo de temores y ansiedades— es un deterioro de la calidad institucional, es obvio que el mismo será pagado, más aún en un país que ha perdido desde hace mucho tiempo la memoria de las instituciones.

El debate sobre la consolidación democrática

—En el análisis de las nacientes democracias en América Latina, algunos autores se han interrogado sobre la utilidad del término “consolidación”. Por ejemplo, Guillermo O'Donnell se inclina por una revisión del concepto. Tal vez se podría utilizar, en lugar de “consolidación”, la noción de “estabilidad” como la entiende Morlino, en cuanto es la “previsible capacidad de duración en el tiempo” de un régimen político. Ahora bien, yendo al caso concreto de Argentina, donde se levanta un complejo escenario, se pueden observar dos tendencias: por un lado, la desaparición de los actores anti-sistema y, por otro, la desconfianza de los ciudadanos en las instituciones que expresan ese orden y los signos evidentes de malestar social. La pregunta sería, ¿la democracia argentina se ha consolidado o bien se ha estabilizado?

—No me gustaría entrar en las discusiones nominalistas, a lo que es bastante afecta muchas veces la sociología política. Efectivamente, casi por definición, se podría decir que ningún sistema social o régimen político está absolutamente consolidado, porque entonces nunca cambiaría. Estaríamos pensando en el fin de la historia, dónde algo ha terminado de madurar una vez y no cambia. ¿Quién podía decir que buena parte de Europa no había consolidado sus instituciones democráticas hasta el período de entre-guerras cuando comenzaron a caer en manos de regímenes fascistas hasta llegar a Alemania que culmina en el nazismo? En verdad, siempre está abierta la puerta para el autoritarismo de distintos tipos, para retrocesos, para formas más bárbaras de manejar los conflictos políticos.

Es cierto, tomando lo que decían de Morlino, que a esa apuesta me animaría a hacerla. Es decir, que se puede prever que por un período razonable de tiempo no habrá peligro en Argentina de un retroceso hacia formas de autoritarismo desnudo, de golpe militar en la vida política. Creo que, entre otras cosas, porque se avanzó mucho en la modificación de las Fuerzas Armadas, y este es uno de los cambios culturales más importantes que ha habido. Así como la seguridad pública no ha cambiado nada, las Fuerzas Armadas han cambiado bastante y, por lo tanto, es difícil imaginar que desde dentro del ejército puedan aparecer quienes serían beneficiarios de un estado de descontento social y caudillos de una asonada militar. Además, me parece que la actual ubicación geopolítica de la Argentina impide pensar en un golpe de estado militar. Es evidente que EE.UU. tiene un control político muy grande sobre la Argentina y no me parece que estén interesados de ninguna manera en que se produzcan alteraciones en el orden constitucional. Quedan abiertas, no obstante, formas intermedias que quizás no habría que descartar, aún cuando también el tiempo va haciéndolas más difíciles. Hace un año, en un momento de esplendor de Menem, se podría haber pensado en una fujimorización del poder, en formas de avasallamiento explícito del poder ejecutivo hacia el legislativo, pero ahora mismo eso me parece una alternativa bastante difícil. No hay entonces a corto plazo una posibilidad de retroceso, en ese sentido. En todo caso existe, y en esto tenemos que estar alertas, la necesidad de una

enorme vigilancia ciudadana y de una enorme capacidad de control por parte de los partidos políticos, para que estas formas moleculares de deterioro de la calidad republicana de las instituciones no se acreciente. No creo, por otra parte, que los conflictos sociales puedan ser caldo de cultivo para una reacción política que lleve al autoritarismo, pues no están dadas las otras condiciones. En cambio, si no se morigerara el malestar social, sino se lo apacigua, se aumentará, aún más, la posibilidad de engendrar una fragmentación creciente de la sociedad. Es cierto que los fenómenos de violencia espontánea —individual o grupal— son muy grandes, pero no necesariamente hay que concluir que los mismos se van a transformar en una especie de dispositivo que alterará el equilibrio del sistema político.

Hacia una redefinición de la política y de los partidos

—Recién hablabas de la necesidad de un control ciudadano. Lo que se aprecia, en términos generales, es una tendencia a exigir a los políticos mayor preocupación por los asuntos comunes, a criticar su divorcio frente a la sociedad y su "narcisismo". Ahora bien, ¿a los ciudadanos no habría que demandarles algo más que la exigencia pública del voto? Por ejemplo, ¿mayor participación?, ¿un mayor apego por la cosa pública?

—El ciudadano se preocupa por la cosa pública cuando ella lo lastima directamente. Quiero decir, es difícil que la ciudadanía organice protestas y movilizaciones en favor del Estado de Derecho en líneas abstractas o generales. Pero cuando aparecen formas concretas de deterioro de las instituciones, como la falta de seguridad, la carencia de control por parte del estado de las empresas privatizadas, para dar algunos ejemplos, entonces protesta y actúa. Cuando se dan fenómenos de injusticias —estamos llenos de "fuenteovejunas" en este país— también reclama y actúa.

Una recapitulación —desde la recuperación de la democracia en adelante— de los procesos de agitación y organización social registrados en las localidades, en las provincias, nos muestra un panorama que no resulta en modo alguno desalentador. Algunas de esas manifestaciones, como la ocurrida a raíz de la muerte del reportero gráfico Cabezas, está en el centro de la atención pública y genera un vasto movimiento de repudio. Lo que indica que no hay tanta indiferencia, lo que hay, más bien, es desconfianza sobre los canales para resolver los problemas del día a día. Además, la gente sigue votando en un nivel muy alto en la Argentina, sigue opinando a través del voto con niveles altos, es decir, no hay un desinterés por la política, prevalece una conciencia civil por el voto. Lo que no existe es responsabilidad de los partidos, una capacidad de penetración más capilar en el día a día de la vida de la gente. Los partidos deberían ser menos superestructurales y estar más ligados a la cotidianeidad. Esto nos lleva a otro problema: ¿estamos en presencia de una situación en la cual los partidos políticos se construyen y se destruyen a través de los medios y no mediante la vieja forma de organización territorial? En este

sentido, también es difícil pensar en cómo los partidos van a intervenir en el día a día de la gente.

—*De todos modos, hay modalidades que se han mostrado exitosas porque han logrado capitalizar el descontento de la gente, aun cuando las formas de expresión tengan más que ver con la esfera privada que con la esfera pública. La protesta del “apagón” en septiembre de 1996, por ejemplo, muestra una novedosa conexión entre el ámbito público y el privado. La gente podía protestar apagando la luz del living. Por eso cuando se habla de politización me parece que no se está asumiendo la envergadura que hoy tiene el ámbito privado. Este es un dato insoslayable para imaginar nuevas fórmulas de recreación de la política. No estoy seguro que haya despolitización. En cambio hay fuertes indicios de que no retornaremos a las mismas formas de politización que se dieron en otro momento caracterizadas por una alta dosis de “militantismo” y compromiso político.*

—Depende de la sociedad. Una sociedad urbana, con un alto nivel de educación como la de la Capital por ejemplo, puede dar fenómenos como el del “cacero-lazo” o el del “boicot telefónico”, quizás más fuertes que en otros lados. Ello tiene que ver con una secularización mayor. No creo que haya despolitización, lo que hay es una percepción aguda por parte de la gente —y que también tienen los políticos— de la ausencia de mecanismos de *feed back* entre los partidos y la gente; hay momentos en que eso se corta. El vínculo emocional que lleva al voto no puede mantenerse como una actividad permanente entre el partido y la gente. Más bien lo que existe es cierta incomunicación con los partidos, pero no despolitización en el sentido de que no haya preocupación por temas políticos de la “polis”. Vuelvo a insistir, los temas que nos preocupan son los que atañen a la calidad de vida, no atañen tanto la lucha por las grandes banderas de la libertad, la igualdad y la fraternidad. Me parece que eso ha sucedido pocas veces en la historia.

Los intelectuales y la política en Argentina

—*La historia argentina ha revelado cierta desconfianza entre los intelectuales y el estado. No estoy seguro de que haya ocurrido lo mismo entre intelectuales y políticos. ¿Esta desconfianza no comienza a quebrarse cuando Alfonsín convoca a colaborar a algunos intelectuales? A partir de allí, ¿no hubo, acaso, algún cambio en la figura del intelectual?*

—La historia argentina, del '80 en adelante, es una historia de desencuentros entre intelectuales y estado. En cambio la historia mexicana —tanto en los momentos de la revolución como en el porfiriato— no puede ser explicada sin las relaciones entre intelectuales y estado. En la Argentina, los grandes movimientos nacionales y populares del siglo —el radicalismo y el peronismo— fueron más hostiles con los intelectuales y, además, abrevaron en fuentes doctrinarias diferentes de aquellas en las que se había formado el prototipo de intelectual laico, progresista de nuestro

país. Este perfil de intelectual pudo haberse reconocido en los valores del socialismo y de la izquierda, pero no se reconocía, en todo caso, en las reivindicaciones de sesgo más bien tradicionalista que tanto el peronismo como el radicalismo original tenían como formulación intelectual.

Si a los desencuentros con los grandes movimientos se le suman los regímenes militares que, por definición, expulsan a los intelectuales, se llega a una situación de divorcio histórico que comienza a corregirse en la época de Alfonsín. Desde su gobierno, fue capaz de convocar a un grupo de intelectuales sin pedirles el requisito de la afiliación partidaria. Es decir, establece un tipo de vinculación más secular entre intelectuales y estado sin que sea necesario compartir la religión oficial. Entonces creo que hasta el propio menemismo —que desde el punto de vista de la historia interna del peronismo expresaría su parte más plebeya y menos intelectual— tuvo que recoger esta modificación. Además aparece también otra dimensión: en la acción de gobierno hay ciertas áreas que requieren cada vez más de un discurso técnico. La propia complejidad de los actos de gobierno, obliga a que técnicos y especialistas empiecen a ocuparse de funciones políticas —lo que se ve mucho más claramente en el tema de la economía— pero luego se va esparciendo a otros niveles. Tal complejidad, requiere necesariamente un grado de profesionalización de los procesos de toma de decisiones que antes no existía. Efectivamente, se ha acrecentado la participación de los intelectuales, pero se podría decir que sigue quedando vacante una actitud del intelectual, que siempre fue la que lo definió tradicionalmente, el intelectual que aparece un poco como conciencia de la sociedad, al estilo de Ingenieros a principios de siglo en la Argentina, de Sartre en la Francia de la postguerra, o de Croce en Italia. Esas grandes figuras que de alguna manera resumían, en sí, la conciencia de la sociedad. En América Latina eso fue una constante de su historia. Hoy puede verse un mayor acercamiento de los intelectuales al estado, sobre todo por esta necesidad de profesionalizar los procesos políticos, pero ello viene acompañado al mismo tiempo —y esto tal vez tenga que ver con este clima más *light* de la posmodernidad—, por la carencia de esta otra figura del intelectual como conciencia crítica de la sociedad.

—En un artículo has sugerido que en la actualidad “hay más asesores que intelectuales”. Esa expresión condensa acertadamente esta mudanza en el perfil de los intelectuales, debilitándose la función crítica que le es inherente.

—En efecto. Al mismo tiempo que desaparece esa función, simultáneamente hay muchos más intelectuales ahora en el gobierno que antes.

Menemismo y peronismo

—*Cambiando de tema, ¿cuál es a tu entender, la metamorfosis que el menemismo produjo en el peronismo?*

—El menemismo es un capítulo exitoso en la historia del peronismo pues ha logrado —a diferencia de otros momentos de ese movimiento— articular lo que parecía inarticulable. Es decir, no ha perdido su base de apoyo en los sectores más pobres de la población y ha incorporado a los sectores más concentrados del *establishment*, algo que no había logrado el propio Perón. Por tanto, el menemismo es una coalición de nuevo tipo en la Argentina y abre un capítulo original dentro de la historia del peronismo. Si bien mantiene ciertos estilos del peronismo tradicional —que no son los mejores en el sentido republicano— modifica los contenidos básicos de aquel discurso. En cada uno de los temas clásicos del peronismo produce un vuelco e instaura esta coalición victoriosa, revalidada en la reelección del '95. Por tratarse de una coalición, sólo puede ser enfrentada por otra coalición. La capacidad que el menemismo ha tenido de convertir al peronismo en una coalición de centro-derecha, con base popular, obliga a quien quiera enfrentarlo con algún éxito —y ni siquiera ese éxito está descontado— a articular otra coalición.

La construcción de una alternativa es casi decisiva para que pueda mejorarse la vida institucional de la Argentina. Si efectivamente se produjera —y hay una probabilidad cierta de que eso suceda— un nuevo período influenciado por el menemismo, se convalidaría todo el deterioro institucional, lo que llevaría a un agravamiento de la situación. La construcción de una alternativa ya no sólo sería interesante para encarar un programa progresista, sino también decisiva para no alterar aún más la calidad de la vida institucional.

Las coaliciones en la política actual

—*De modo que estás pensando la coalición no sólo como una estrategia necesaria para derrotar al posmenemismo, sino como una herramienta para el perfeccionamiento institucional. En otras palabras, se trata de poner fin a un contenido plebiscitario de la política que permita romper las ambiciones hegemónicas que han tenido casi todos los gobernantes. Ahora bien, ¿un esquema de coalición puede representar un cambio fundamental en la política argentina?*

—La experiencia universal indica que ya no hay manera de hacer política de poder si no es por vía de coaliciones. Es muy difícil imaginar gobiernos monopartido en un país importante del mundo, complejo y diferenciado, que sean capaces de concentrar en sí la voluntad cristalina de la mayoría de la población. Hoy se gobierna sobre la base de coaliciones, es algo que debemos aceptar aunque no

tenga que ver con la historia tradicional del movimientismo argentino, sino más bien con la forma moderna de la articulación en política. Así como Menem entendió que no podía recolocar al peronismo en el poder sin montar una coalición, quienes combatimos su política también tenemos que pensar en términos de coalición.